



ta inscripcion pomposa y bárbara: *Regina rerum Roma regi eloquentie.*

Temistio de la Pafagonia, llamado el buen hablador (Eufrades), era muy querido de Constantino, que le hizo levantar una estatua de bronce, y no fué ménos estimado por Juliano (1) y sus sucesores; obtuvo los primeros honores, y aunque no era cristiano, educó á Arcadio, fué amigo de Gregorio Nacianceno, y tuvo por discípulos á Libanio y Agustin. En lugar de aceptar un estipendio de los oyentes, socorría á los más necesitados. Explicó un sistema de filosofía deducido de Pitágoras, Aristóteles y Platon, y adquirió sobre los escritos de éstos un estilo claro, dulce, elegante, rico en

(1) «La fama ha traído á nuestros oídos el nombre de Temistio, y hemos creído conforme con nuestra dignidad imperial y la vuestra recompensar su virtud de un modo correspondiente á su mérito, agregándole á la asamblea de los nobles padres; de esta manera, la una será honrada por el otro, porque el Senado verá en esta disposicion, no sólo un efecto de mi benevolencia hácia Temistio, sino tambien un testimonio de la estimacion que tengo á un cuerpo digno de poseer tal filósofo. De modo que la recompensa del uno honrará al otro, y la gloria de éste se reflejará sobre cada uno de los que estén admitidos á tomar parte en ella; pues si los medios de distinguirse son varios, conquistando fama unos con la riqueza y con los bienes, otros con servicios al Estado, y otros tambien con la elocuencia; en una palabra, si más de un sendero conduce á la gloria, verdad es tambien que todos son torcidos ó falsos, quedando uno sólo seguro y sólido, que es el de la virtud. Por lo cual, siempre que se trate de asociar alguno á vuestra orden, examinad antes de todo si sigue este sendero, y preferid á todo otro mérito el de la rectitud de ánimo, y el de corazón virtuoso; porque estas dos cualidades son el principal objeto de la filosofía. La erudicion de Temistio bastaría para juzgarle digno de los mayores honores, aun cuando la encerrase dentro de sí mismo y la gozase en silencio; porque la virtud merece elogios aunque no se manifieste con discursos, y no se digne mostrarse á los ojos vulgares. No está, sin embargo, en este caso la persona de que os hablo; no ha escogido un género de filosofía que no se comunique á los demas; ántes al contrario, lejos de querer poseer sólo un bien que ha conquistado con su trabajo, emprende otros mayores para participarlos al prójimo, haciéndose el intérprete (*προφήτης*) de los sabios antiguos, y el hierofante de los misterios impenetrables de la filosofía; y no deja extinguirse ni perecer de vejez las antiguas doctrinas, sino que se esfuerza en rejuvenecerlas y darles nueva fuerza, dando á todos los hombres el ejemplo para que vivan segun dicta la razon, y para que encaminen á la ciencia.»

pensamientos y en energía. En treinta y tres panegíricos que escribió, para siete emperadores sucesivos, no fué un trivial adulador y supo mezclar alabanza con útiles verdades; superó á los demas en estudio, conocimientos y arte, y ayuda con buenas noticias á la historia. Parece muy extravagante á nuestras costumbres su entusiasta oracion sobre la belleza de Graciano (1).

Libanio, que nació en el año 314 en Antioquia del Oronte, corrigió con buenos maestros los estudios que habia hecho con los malos, y en Constantinopla explicó sofística, con tanto aplauso, que sus émulo envidiosos le acusaron de magia y de toda clase de desórdenes. Fué desterrado por esto, y abrió su escuela en Nicomedia, en Nicea y en Atenas: llamóse despues á Constantinopla, y tanto se indignó de las intrigas de sus enemigos, que les volvió la espalda y se encerró en Antioquia, lamentándose de ver sucumbir al helenismo en el gusto y en la religion. Los maestros cristianos habian hecho prometer á Juliano que no volveria á oír á Libanio; por lo cual aquél, ávido de lo prohibido, leyó sus escritos, y tal pasion tomó por ellos, que los escogió como modelos. Apasionóse más aún de Libanio por el afecto que tenía á la religion y á las costumbres antiguas; así es que cuando subió al trono quiso manifestarle por sí mismo su gratitud, y más cuando no le vió acudir al palacio con la turba de filosofantes. Cuando estuvo en Antioquia le visitó Libanio, pero sin demostrar demasiada solicitud, y no se volvió á presentar sino cuando fué invitado formalmente, con lo que dió mayor mérito á los panegíricos que dirigió al filósofo guerrero, al cual se conservó fiel aun despues de muerto.

Usó con mucha propiedad el lenguaje y el estilo hasta hacerle rebuscado; pero no se elevó á una elocuencia verdadera de graves y serios pensamientos, que tuvieran influencia en el corazón y manifestasen una inteligencia convencida y un sentimiento entusiasta. Los *progimasmos* son ejemplos de ejercicios retóricos, que podrian convenir á aquellos maestros

(1) Ερωτικόν, ζ περι καλλουιν βουδικοσ.



modernos de elocuencia, á quienes agrada el trabajar poco y enseñar á los jóvenes á pensar con la cabeza de otro (1). El *discurso sobre los propios casos* es una autobiografía insípida, en la cual se da noticia de otras muchas obras suyas. A más de cuarenta suben sus disertaciones sobre asuntos de capricho, y más de dos mil son las cartas dirigidas á quinientas personas, entre las cuales se cuentan emperadores, generales, gobernadores, literatos, obispos, santos tales como Basilio y el Crisóstomo. Su discurso á la juventud sobre el tapiz manifiesta hasta dónde llegaba la insolencia de los escolares de Antioquia, los cuales habian dispuesto en tierra un tapiz para que su maestro tropezase y cayese. En otros discursos nos revela muchos abusos de su tiempo, así como la arbitrariedad con que los prefectos de Antioquia detenian á los campesinos que iban á llevar viveres á la ciudad, y obligaban á ellos y á sus caballerías á trabajar en las obras públicas; las prisiones hechas por capricho y con malos tratamientos; el mal proceder de algunos del campo que para librarse de las vejaciones de los militares, se ponian bajo la tutela de los oficiales, y despues abusaban de ella para negar á sus señores la renta y el censo. En una carta se disculpa de haber interrumpido sus lecturas por haber enfermado de la lengua; en otra se queja del furor con que los monjes derribaban los templos.

Cuéntanse entre las composiciones más bellas y originales de la literatura la fábula de Juliano, intitulada *Los Césares* (G). Durante la libertad de las fiestas saturnales, Rómulo convidó á un banquete á los dioses, entre los cuales fué elevado, y los emperadores que reinaron sobre el pueblo fundado por él, sientan los primeros en sus excelsos tronos; á los demas les está preparado el suyo bajo la luna. Tan pronto como aparecen, la inexorable Némesis precipita en el Tártaro á los tiranos, y los demas

(1) Libanio *sophista pœuludia oratoria, declamationes et dissertationes*; edidit Morelli. Paris, 1607-1627. 2 t. en fol.

Epistolae ed. Wolfius. Amst. 1738.
Oratio pro templis ap. Reiske, t. II. Altemáurgo, 1793, en 6.^o

son sutilmente juzgados y sentenciados por Sileno. Al concluir el banquete, hace Júpiter promulgar por medio de Mercurio el premio de una corona celeste al más digno entre los convidados. Entónces se presentan al concurso Juliano César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio y Constantino, y para completar la compañía tambien se presenta Alejandro de Macedonia. Cada cual expone pomposamente sus propias hazañas, á excepcion de Marco Aurelio, que calla modestamente. Entónces los jueces, escrutadores de los ánimos, indagan las secretas intenciones y hacen confesar á los competidores que en sus acciones fueron guiados por la gloria, el poder ó el placer; Constantino es tratado con envidioso desprecio, mientras que Marco se lleva la palma, porque fué filósofo en el trono y se propuso imitar á la divinidad.

La idea no era nueva, pues ya Luciano habia llamado á los muertos á juicio, ya burlesco, ya severo; pero aumenta su importancia la majestad de los personajes que intervienen, y la de su autor, que juzgando á sus predecesores podia apreciar con exactitud su posicion cuando no le extraviase el espíritu de partido, y que al pronunciar su condenacion ó aprobacion proferia la suya propia (1).

Quizá tuvo Libanio alguna parte en el *Misopogon* de Juliano, é indudablemente la tuvo Máximo, á quien sometia todos sus escritos. En un trabajo de circunstancias y de estilo fácil, alternativamente agudo y trivial, ingenioso é insípido, y como en las sátiras, á vuelta de algunas verdades, se dicen muchas falsedades. Irritado con los de Antioquia, finge volver contra sí mismo su mal humor, exagera sus defectos, y representando como malas sus buenas cualidades, las pone en contraste con los vicios

(1) «Je ne crois pas que, dans aucun ouvrage aussi court, on trouve à la fois tant de caracteres et de mœurs, tant de finesse et de solidité, tant d'instruction, sans que l'auteur prenne jamais le ton deymatique; tant de sel et d'enjouement, sans qu'il cesse jamais, d'instruire. En un mot, il me semble que les Césars devroient ou déprévenir, ou du moins embarrasser ceux qui ont voué une estime exclus ve aux productions de l'ancienne Gréc. *La Bletterie*, hist. de l'emp. Jovien préface.»



de Antioquia, que supone virtudes (1). Juliano, de punzante ingenio, á veces degenera en causticidad indecorosa; y al paso que pretende manifestarse filósofo, el despecho y la ira le hacen faltarse á sí mismo á cada momento,

(1) Ninguna ley impide alabarse ó vituperarse á sí mismo. Si desease decir bien de mí, la verdad me obligaría al silencio; pero queriendo decir mal, no temo agotar tan presto la materia.

Empiezo por mi cara. No tenía nada de regular ni de linda; y yo, por capricho y nada más, y para castigarla de no ser más hermosa, la he hecho monstruosa con esta larga barba, selva donde se anidan animales molestos, que yo dejo vagar impunemente. Ella me obliga á comer y á beber con suma circunspección, porque á la verdad, la ensuciaría si no tuviese mucho cuidado. La fortuna es que yo no me cuido de dar ni de recibir besos.

Decís vosotros que es buena para hacer cuerdas; empleadla en eso, lo consiento; pero es dura y temo que no conseguiréis arrancarla sin ofender vuestras delicadas manecitas. ¿Creeis enfadarme con vuestras burlas? ¿no veis que yo las arrosto? Bien poco me costaría hacer caer bajo la navaja esta barba espesa y puntiaguda y dar á mis mejillas un aspecto fresco, las gracias infantiles que caen bien á las mujeres, que las hacen amables. En cuanto á vosotros, aún con los cabellos blancos, pretendéis pareceros á vuestras hijas; por refinamiento de delicadeza, ó mejor dicho, por sencillez conservais en vuestra cara una juventud eterna, y no por la barba, sino por las facciones, se conoce que sois hombres.

Como si no bastáre el dejar enmarañarse mi barba, mis cabellos desordenados no dan que hacer á los barberos: rara vez me corto las uñas, y llevo los dedos ennegrecidos de tinta. ¿Queréis saber mis secretos? Tengo el pecho velludo y erizado como el del rey de los animales. Nunca he buscado el socorro del arte para seguir el uso, y tuve siempre la maldad ó la pequeñez de conservar cuanto me dió la naturaleza. Si tuviese un solo grano no haría de él un misterio; pero no tengo ninguno, ni aún de esos que merecen vuestra indulgencia.

He dicho bastante del cuerpo; vamos ahora al espíritu. La vida que llevo es tan rara como mi persona. Mi poco gusto me aleja del teatro; y soy tan insensible á lo bello, que cierra á los cómicos la puerta del palacio, de modo que sólo entran en él el primer día del año; y entónces los tengo en tan poco, que bien se ve que el admitirlos no es más que una ceremonia. El tributo que la tiranía de la costumbre exige de mí, lo pago con la repugnancia con que el colono lleva á su duro señor sin añadir nada la renta que le debe....

Pero sabed una cosa más importante. No hay deudor que tenga tanto odio al tribunal como yo al hipódromo. Por esta razón me veis en él tan pocas veces; no concurre más que á las fiestas solemnes; muy diferente en esto de mi primo, de mi tío, de mi hermano; léjos de pasar el día entero en los juegos, no ten-

hasta que olvidando el papel que representaba, deja la ironía y prorrumpe en improperios directos contra los de Antioquia, entre los cuales, según él dice, habia más histriones que ciudadanos; que se negaban por amor á la li-

go paciencia más que para ver seis carreras; asisto sin interés, con enfado, y sin más gusto que el de verme pronto.

En cuanto á mi vida interior, paso la noche en un lecho bastante duro, dividiéndola entre graves ocupaciones y un sueño ligero é interrumpido. Una comida tan frugal que parece dieta, me hace de humor malo y me da un no sé qué de inconciliable con las gracias de una ciudad ahogada en las delicias. Caros amigos, no me acuseis por esta manera de vivir, pues yo no he pretendido ofenderos con el contraste; y perdonadme la ridícula preocupación de que fui esclavo desde la infancia, y que consiste en hacer la guerra á mis sentidos para tenerlos dentro de los límites de la más estrecha templanza. Por esto no está sujeto mi estómago á los males de exceso; y desde que fui elevado á la dignidad de César, una vez sola me he visto obligado á purgarlo, y entónces fué por otra cosa que por intemperancia.

Cuando estaba en París, alcanzaban indulgencia mis maneras entre una gente grosera como los galos. ¿Pero qué injusticia es la mía al pretender que no enfaden á una ciudad floreciente como la vuestra, llena de gente, de riqueza, de ocio, centro de bailarines y de flautistas; una ciudad en que hay más cómicos que ciudadanos, y que está habituada á tratar á sus príncipes con desprecio?... Estas nobles inclinaciones que os siguen por todas partes, brillan singularmente en el teatro y en las reuniones públicas; allí el pueblo grita y aplaude estrepitosamente; allí los magistrados se eternizan con sus profusiones, con las cuales adquieren mayor celebridad que la que alcanzó el legislador de Atenas por su coloquio con el rey de Lidia. Allí no se ve más que belleza, gracias, estaturas gigantes y barbas recién cortadas: como entre los fenicios, el jóven y el viejo se unen en el amor al lujo y en los placeres.

Y qué, Juliano, ¿eres tan para poco que crees que nos hemos de acomodar á tu grosería, á tu rusticidad, á tus caprichos? ¡Oh inconsiderado, oh avidísimo de ser odiado! Θεραπεύθημεν ἑστέ. ¿Qué has hecho de los conocimientos tan decantados por tus viles aduladores? Esa alma, único objeto de tu atención y de tus cuidados; esa alma que tratas de hermosear y adornar continuamente de sabiduría, ¿cómo se ha prestado á tales extravagancias? Te lo decimos claro, no sabemos lo que es la sabiduría; oímos su nombre, pero no tenemos de ella ninguna idea. Y si para ser sabio es preciso imitarle y tener por indispensable la sumisión á los dioses y á las leyes, no sobreponerse á los iguales, tomar la defensa del pobre contra el rico opresor, arrostrar por la justicia, como tú lo has hecho frecuentemente, las enemistades, la cólera, las injurias; dominarse á sí mismo, ahogar los resentimientos, dirigir el corazón, es cosa extraña por cierto esa sabidu-



bertad á obedecer á las leyes, magistrados y númenes; que iban á los templos por complacerle, pero sin modestia ni silencio; y para darles en rostro habla de los atenienses, tan devotos de los ídolos y tan comedidos con los forasteros (1).

Si es menester renunciar también á los placeres que no deshonoran al que se abandona á ellos; si la sabiduría no puede asociarse con el frecuentar los teatros; si en el secreto de las casas no se reconcilia nunca con los que la ultrajan en público, entónces no hay salvación para tí, y á nosotros nos quieres arrastrar al precipicio. La misma palabra subordinación nos causa horror, pues no queremos depender de Dios ni de la ley: ¡viva la libertad!

¿Qué truhanería iguala á la tuya, que nosufres que te llamen señor, que declares que no lo eres, que te encolerizas por un título autorizado por el uso, creyéndole demasiado fastuoso, y al mismo tiempo pretendes que obedezcamos á tu poder y á las leyes! Toma mejor el nombre de señor y de amo, y déjanos de hecho la independencia. No, no; tirano de hecho, tienes las apariencias y la máscara de la bondad. ¿Qué barbarie es esa de impedir á los ricos abusar de su crédito en los tribunales, y prohibir á los pobres el oficio de delator?...

(1) ¿Hay alguna ocasión de que no se aproveche tu cólera brutal para mortificarnos? Vas á los templos con frecuencia, y el pueblo, para complacerte, acude en tropel á aquel á que vas á ir, y por la misma razón concurren también muchos magistrados. Espléndida acogida, aplausos, aclamaciones como en el teatro, nada se perdona para contentarte. ¿Qué más queréis? ¿Por qué negar á nuestro celo las alabanzas que tiene derecho á esperar? Pero no, tú pretendes saber más que el oráculo de Delfos, y pagas nuestros cuidados con improperios, censuras nuestros gritos, y nos echas en cara la pretendida indecencia de nuestras aclamaciones, y nos dices:

«Rara vez venís al templo por Dios mismo; y cuando acudís por mí á él, el tumulto y la irreverencia reinan en el lugar sagrado. La gente sabia y virtuosa debe en el recogimiento hacer votos para atraer las bendiciones celestes, y acordarse de Homero, que prescribe este silencio religioso. Si estos clamores no fuesen reprobables, ¿habría reprendido Ulises los trasportes de Uriclea? A nosotros, que somos viles mortales, nos colocais en lugar de los dioses, y nos prodigais un incienso que arrebatáis á sus altares. Los dioses mismos, si no me engaño, no tienen necesidad de nuestras adulaciones: sólo piden de nosotros un culto prudente y moderado, y modestas oraciones.»

Sufre, pues, oh Juliano, que te odien, que te muerdan en secreto, y te insulten en público: aguanta las injurias, pues que no te agradan los encomios: podría perdonártese que no te acomodases á su género de vida, pero ¿y lo demas? Casi nunca divides el lecho con nadie: eres un salvaje que nada puede domesti-

Atento á combatir la religion con toda clase de armas, é hinchado más que ninguno con la vanidad de autor, creyó que convenia oponer al cristianismo una completa refutación; ninguno podía hacerla mejor que él. Por esta razón compuso la obra *contra los Cristianos y su creencia*, de tal peso, que según la opinion de Libanio, llevaba la palma á Porfirio (1). Una buena parte de esta obra nos fué conservada por Cirilo de Alejandria al refutarla; y á lo que parece, reunió Juliano en ella cuanto hasta entónces se habia dicho contra el cristianismo, principalmente por Celso, añadiendo además los pensamientos de Máximo, Prisco y otros amigos suyos, y dando á toda la obra autoridad con el nombre imperial. Su auto era «manifestar á todos los hombres las razones que le habian persuadido de que la secta galilea era invención humana, que no tenía nada de divina, y que habia sido compuesta malignamente para abusar de la parte crédula y pueril del alma, dando por verdades algunas fábulas prodigiosas.» Desafia desde el principio á sus adversarios á que se atengan á las reglas de un juicio ordenado, no recriminando ántes de haber refutado; porque sabia la ventajosa posición que tenían los cristianos cuando sujetaban á exámen el helenismo, y que la fuerza de la verdad conquista en el conjunto, no en las pruebas particulares. Imputa despues á los cristianos el haberse puesto en un camino enteramente peculiar suyo, tomando de los he-

car: tu corazón, inaccesible á la voluptuosidad, resiste á sus mayores atractivos.... Te piden como primera diversion las metamorfosis de tí mismo; te suplican que puebles los teatros de bailarines y bailarinas, de actrices desvergonzadas, de mancebos émulos de la belleza femenil, de hombres afeminados y de más mollicie que mujeres; pídense reuniones y fiestas, pero no de las consagradas á los dioses, ni de esas en que se requiere prudencia y sabiduría; de éstas demasiadas celebras, y ya están todos para siempre hartos y fastidiados de ellas.

Así continuando descendiendo á muchas particularidades, relativas principalmente al cristianismo; despues termina con invectivas, arrojando completamente la máscara mimica que hasta entónces habia conservado.

(1) Véase *Juliani imp. opera que supersunt omnia*, ed. Spanheim, Leipzig, 1696, en fol. *Juliani que feruntur epistola*, ed. Heyler, Maguncia, 1823, en 8.º



breos el ningún cuidado de los númenes, de los griegos el desprecio á la circuncision y otras ceremonias mosaicas, y el ofrecer víctimas cruentas; descende en seguida á censurar muchos de sus ritos, acusaciones de que los apologistas tomaron muchas demostraciones de la antigüedad de los dogmas y de las costumbres, que algunos presentan como nuevas.

Juliano, versado en el arte de los sofistas, sabia que el vulgo de los doctos se deja vencer por las citas tomadas del libro que se refuta, lo cual, al mismo tiempo que manifiesta candor en el combatiente, descarga sobre el combatido la mayor de las pruebas, la confesion propia. Si despues las citas son fieles, si el separarlas del contexto de la obra no las altera ó tuerce, si es arbitraria la interpretacion que se les ha dado, cosas son de que no se cuidan los lectores oadinaros, es decir, los más. Y en éstos confiaban tanto Juliano como sus imitadores y panegiristas del siglo pasado, los cuales conocieron igualmente cuán al vivo hiere el ridículo, y por esta razon combatieron con él las cosas más santas, complaciendo de este modo al numeroso vulgo (1).

Apénas apareció la obra de Juliano, la refutó Apolinar de Laodicea, con argumentos sacados de la razon, sin recurrir á las sagradas letras. Juliano vió este trabajo y escribió: «Leí, comprendí, desprecié;» á lo cual respondió un obispo: «Leiste, no comprendiste; si hubieses comprendido no hubieras despreciado.» Cincuenta años despues le combatieron más directamente Filipo de Sida, San Cirilo y Teodoreto, de los cuales aparece lo mucho que el sofista imperial habia desnaturalizado los hechos, fraccionado los dogmas, impugnado las más esplendentes verdades.

(1) Entre los artificios empleados en el siglo pasado contra la religion, se le ocurrió al marqués de Argen reconstruir el trabajo de Juliano, imprimiéndolo con el titulo de *Defensa del paganismo, hecha por el emperador Juliano*, en griego y en frances, Berlin, 1768. Le refutaron victoriosamente Jorge Fed. Meier en el *Beurtheilung der Betrachtungen des Herrn marquis von Argens über des Kaiser Julian*, Halle, 1764; y Guillermo Chrichton, *Betrachtungen über des Kaiser Julian Abfall von der Christlichen Religion und Vertheidigung des Heidethums*, Halle, 1765.

Las cartas de Juliano no son espontáneas, pero revela su filosofía un buen ingenio, que á veces se pierde en extrañas puerilidades. Al enviar á Serapion cien higos secos de Damasco, emplea la mitad de una larguísima carta en alabar este fruto con los lugares comunes de la retórica y con un cúmulo de autoridades; la otra mitad la gasta en las excelencias del número ciento por sus propiedades aritméticas y por su poética predileccion; cien brazos tenía Briareo, cien cabezas Tifeo, cien ciudades Creta, cien puertas Tébas, y de ciento eran las hecatombes, las centurias, los centuriones, los centumvros, y así sucesivamente. Algunas de sus cartas son rescriptos imperiales; otras bajas adulaciones á los literatos, á los cuales prodiga incienso y protestas de sumision, que serian excesivas en un estudiantillo. La abyecta adulacion que usó en los panegíricos á Constancio y á Eusebia, apénas puede excusarse por su situacion y por la necesidad en que entónces se hallaba de disimular. Su discurso sobre el *Sol invicto* es un elogio del *logos* de Platon; en el que versa sobre la madre de los dioses, puso Juliano en tortura su ingenio para explicar alegóricamente el torpe culto de Cibéles; y sus discursos contra Heraclio y otros cínicos son diatribas. Cuando separaron de su lado á Salustio en las Galias, Juliano trató de consolarse con muchas razones; pero el afecto que las dicta queda sofocado entre un cúmulo de alusiones y citas (1).

(1) Gusta ver á un hombre admirado en su córte y en su campo, escribir y pensar en su gabinete, y hablar como filósofo á los pueblos que sabe gobernar como rey. Juliano reunió estos dos méritos; pero debe tenerse en cuenta que esto no era tan raro entre los antiguos como entre nosotros. Muchos emperadores cultivaron las letras en Roma; César fué émulo de Ciceron en la tribuna, y quiso serlo de Sófoles en el teatro. Augusto, excelente escritor en prosa, compuso tambien tragedias y poemas. Calígula pretendió la gloria de elocuente. Claudio escribia con correccion, y compuso la historia de su tiempo. La imaginacion ardiente é impetuosa de Neron se dedicó tanto á la poesía como á la música. Adriano, poeta, pintor, arquitecto é historiador, pasó por el primer orador de su siglo Marco Aurelio, filósofo como Epitecto, fué como é escritor. Septimio Severo, orador en las dos lenguas, escribió las memorias de su reinado. Alejandro Severo cantó las virtudes que moraban en su corazón, y



Pero el ingenioso Juliano, el hábil y erudito Temistio, el abundante y pomposo Libiano, el violento é iracundo Eunapio y otros de esta es-

celebró en versos á los emperadores más humanos que le habian precedido en el trono. Los dos Gordianos fueron magistrados, guerreros, literatos y uno de ellos antes de reinar publicó un poema en treinta y cinco cantos en honor de Marco Aurelio y de Antonio. Balbino, elegido por el Senado y muerto por las tropas, tuvo éxito en la poesía y en la elocuencia. Galieno, valiente y voluptuoso, célebre por sus victorias y por sus argucias, sabia escribir bien, y hacia versos llenos de delicadeza y gusto. Tácito, señor del mundo, se alababa de descender del historiador, y no pasaba noche

cuera, eran gente de lo pasado, el porvenir estaba en otras manos.

en que no leyese ó compusiese. A Numeriano le fué erigida una estatua como orador, y sólo uno en el imperio le disputaba la palma de la poesía. Constantino, uniendo los usos de la antigua Roma á los de la Iglesia, y los derechos del trono á los del altar, fué á un mismo tiempo emperador y orador sagrado; compuso y recitó muchos sermones, y nos queda su *Discurso á la asamblea de los santos*, hecho y pronunciado en Bizancio en la Pascua por el sucesor de César y de Augusto. Por donde se ve que antes que Juliano, habian tomado puesto entre los escritores de Roma diez y seis emperadores.» Thomas.